

Enrique Juncosa
Los lagartos divinos



ENRIQUE JUNCOSA

Los lagartos divinos

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2024

© Enrique Juncosa, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 8765-2024
ISBN: 978-84-10107-52-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*The art of losing isn't hard to master;
so many things seem filled with the intent
to be lost that their loss is no disaster.*

ELIZABETH BISHOP

Fritz y los lagartos divinos

1

Naumburg, Alemania, 1889

Es de importancia capital que se suprima el mundo verdadero. Fritz mismo lo había escrito, pensó Elizabeth, permitiéndose por primera vez algo parecido al sentido del humor. *Los hechos no existen, sólo sus interpretaciones.* Aquello sí era de una claridad meridiana... Por fortuna aquí estaba ella. Nada ni nadie iba a mermar su determinación. Ni el mismo Fritz podía ahora humillarla, ignorarla o intentar desacreditarla... *En el peldaño más alto del poder mora la embriaguez y el éxtasis,* y así, de forma exacta, se sentía ella, poseída por un afán de destrucción. La cabeza le bullía, mientras tanto, con la memoria de sus frases. No iba a dejar que se le escapara nada peligroso, o simplemente ambiguo. No era la primera vez que intervenía... *Tan sólo se actúa de un modo perfecto en la medida en que se actúa instintivamente.* Pues eso, sin lugar a dudas otra vez, aunque los instintos de ambos resultasen ser instintos diferentes. Y también existían las máscaras y los secretos, las tragedias y sus orígenes...

Elizabeth estaba sentada sobre la alfombra delante de la chimenea, con sus largas faldas recogidas de forma poco decorosa, descalza, las mangas de su blusa arremangadas sin cuidado, y el moño descompuesto, con unos rizos rebeldes que le caían, cada dos por tres, sobre el ojo izquierdo.

La rodeaban montañas de papeles. Pliegos sueltos y decenas de cuadernos italianos de distintos tamaños, repletos de

frases abigarradas, emborronados de tachaduras y comentarios. Lo iba revisando todo por última vez. Aquel material heterodoxo incluía algunas frases y fragmentos publicables, que iba poniendo a salvo para ordenarlos; muchos esbozos sin sentido y luego desechables; y toda esa brutal información nauseabunda a la que nadie nunca iba a acceder... No iba a permitirlo. El fuego no permitía la vuelta atrás.

Cuando Elizabeth había descubierto los diarios se había quedado perpleja. Estaba segura de que se trataba de escritos que ni su hermano hubiera imaginado ver impresos. Eso a pesar de que hubiera podido sentir lo que allí rememoraba como una señal de fortaleza. *El temor ante los sentidos, ante los deseos, ante las pasiones, cuando va tan lejos como para desaconsejar las mismas, es ya un síntoma de debilidad.*

En algunos lugares hablaba nada menos que del amor, puro delirio escatológico, para referirse a aquellas guarradas. *Toda moral, toda obediencia y acción no produce aquel sentimiento de poder y libertad que produce el amor. Por amor no se hace nada malo, se hace mucho más de lo que se haría por obediencia y virtud.* Aquel era el caso de su hermano, cuya voz continuaba siendo indómita y provocadora con el paso del tiempo. Su pensamiento era el epicentro de una gran revolución en la cultura alemana y europea... ¿Y ella? También actuaba por amor.

La naturaleza y la intensidad de la sexualidad de cada uno alcanza lo más hondo de su ser intelectual... Por supuesto, no es que no hubiese sospechado antes de la existencia de aquellas inclinaciones, dadas algunas de sus ideas y de sus amistades, como Paul Réé, aquel israelita degenerado, pero jamás había imaginado hasta dónde llegaba su vileza. ¡Y llegar a nombrarlo y a escribirlo con todo detalle! ¿No habría pensado su hermano que alguien podría leerlo algún día, tal y como lo estaba haciendo ella? Era tentador explicarlo todo como parte del proceso de la desintegración de su mente, pero su hermano estaba entonces lúcido, como demostraban sus abundantes es-

critos filosóficos redactados en aquellos mismos años. *Ecce Homo*, sin ir más lejos. Existía, además, convencimiento y de liberación, como aquel plan de un viaje a Túnez con Carl von Gersdorff, otro de sus amigos *dudosos*, a la ostentosa y deleznable búsqueda de una accesible laxitud moral.

Cuando vivieron juntos en Basilea, Fritz había sido meticoloso y ordenado, brillante y divertido, y entusiasta siempre pese a todo. Había tenido un futuro noble y prometedor en la universidad. Y fue parte del círculo de íntimos de los Wagner. Aquellos fueron unos años felices para todos. Ahora, y aunque la fama de su hermano crecía con una rapidez incendiaria, este había perdido el juicio, al igual que le pasó a su padre. Elizabeth se preguntaba qué habría pensado este, tan ortodoxo. *El cristianismo, aquella religión que ha logrado incluso ensuciar el instinto sexual*. Eso sí que era sucio y aberrante. *Necesitamos lo anormal*. ¿Hasta qué punto? Al menos todo había pasado lejos de casa y su hermano había tenido el buen juicio de ocultarse, viviendo en las buhardillas de las pensiones más baratas, y recibiendo su frecuente correspondencia en listas discretas de correo restante.

En aquel tiempo, Fritz les había escrito a ella y a su madre como si nada, hablando de sus paseos por los bosques y por las playas, aburriéndolas con minucias sobre sus achaques perpetuos, o encargándoles el envío de las salchichas alemanas que le gustaban tanto y echaba en falta. El cinismo de un embaucador. Jamás una pista sobre la inmundicia en la que moraba, o algo que retrospectivamente pudiera demostrar un vestigio de arrepentimiento.

Echó al fuego un nuevo fajo de papeles. Fritz, en aquel mismo momento, se puso a aullar como un animal salvaje, como si supiera lo que estaba pasando y protestara por ello. Sus aullidos retumbaban por toda la casa. Su habitación estaba en el primer piso, pero se le oía perfectamente desde abajo. Aullaba ahora cada vez con más frecuencia, y en cada ocasión, Elizabeth, que no llegaría nunca a acostumbrarse, sentía escalofríos

y vértigos, adentrándose en los laberintos de la tristeza. Se quedó quieta y respiró hondo, tras poner su espalda recta, triste y apesadumbrada.

Le pidió a su madre, que contemplaba sus acciones desde un sillón en aquel mismo salón, que dejara de lloriquear y su- biera para intentar calmarle. Su madre dejó la parafernalia que acompañaba sus labores de bordado en el suelo y salió de la habitación, apresurándose a cada paso. Iba vestida de negro, el color que le pareció más adecuado para presenciar lo que su hija llevaba a cabo.

En un principio su madre se opuso a la quema de los pape- les, hasta que, exasperada, Elizabeth le leyó en voz alta un pa- saje particularmente obsceno. Casi le había dado un síncope, respirando sin contenerse, de pronto, de una forma rápida y profunda, como si su cuerpo tomase el control de su mente. Desde entonces se pasaba todo el día en su sillón, sintiéndose inútil y buscando una idea de equilibrio en la simetría de los arabescos que bordaba.

Fritz había sido siempre un hombre enfermizo: problemas digestivos graves, migrañas terribles, insomnio, dolores mus- culares insoportables y permanentes, diarreas, vista pobrísima y doliente, hemorroides y desmayos. Todo eso además de aquella enfermedad repugnante provocada por el vicio y la di- sipación. La gente hablaba y lo sabía, mientras que Fritz mira- ba al tendido babeante, convertido en un idiota. Sólo reaccio- naba, llorando sin consuelo, cuando alguien tocaba al piano canciones de opereta, o temas de su adorado Bizet. Una músi- ca que a Elizabeth le parecía frívola, femenina y enfermiza.

Aquel día Fritz estuvo inquieto e irascible. Cuando Eliza- beth había entrado en su habitación por la mañana para ver cómo estaba, su hermano le había dicho que acababa de ver pasar a Pegaso relinchando y ascendiendo hacia las nubes.

Es preciso comprender la parte negada de la existencia no sólo como necesaria, sino como deseable. En uno de sus poe- mas habló de la voluntad de ser a la vez paloma, serpiente y

cerdo. Lo había conseguido con una suerte de heroicidad, aunque fuera no poco repugnante. *Siento la distancia de ser distinto en todos los sentidos.*

Wagner también lo supo y tal vez hubiera podido tolerarlo si Fritz les hubiera hecho caso y se hubiera casado. Wagner le había tratado como un padre, y su hermano había correspondido al compositor idolatrándole. Después, Fritz había despreciado su reivindicación del espíritu germánico y su insistencia en la moralidad. *La moral envenena toda la concepción del mundo...* Pero había algo más. El compositor, a sabiendas de lo que ella quería ocultar ahora, acabó entrometiéndose. Wagner había escrito al respecto al médico de Fritz, algo que este nunca le iba a perdonar, mientras le instaba a superar «su languidez» y encontrar una esposa. Su hermano estuvo entonces a punto de enfrentarse a Dios y a la sociedad amancebándose con aquella puerca de Lou von Salomé y Réé, su amiguito obediente. Elizabeth, en su momento, ya había destruido toda la correspondencia entre ellos. Por suerte, Fritz estuvo luego tan dolido que se autoconvenció de que no había pasado nada, evitando promulgar aclaraciones comprometedoras. Era cierto que quedaba aquella fotografía de la vergüenza: la rusa con el látigo en la mano, mirando a la cámara, detrás de aquellos dos hombres sumisos ocupando el lugar de las bestias de carga. ¿Qué le habría pasado por la cabeza a su hermano para permitir ese ultraje? Su madre había llorado toda una sucesión de días y de noches cuando fue alertada de la existencia de aquella abominación.

Elizabeth se secó el sudor de la frente.

Sí, menos mal que estaba ella, que lo había leído todo varias veces, luchando contra aquella caligrafía hermética y desbordada, hormigas de tinta y de grafito, estableciendo las categorías pertinentes y necesarias. Ahora sólo restaba destruir. Era urgente... *Cómo llega uno a ser más fuerte. Decidirse lentamente; y aferrarse con tenacidad a lo que se ha decidido. Todo lo demás se sigue de ello.*

Fritz había dejado de aullar y su madre había vuelto al salón. Las dos mujeres se miraron a los ojos. Jamás abrirían la boca al respecto.

Elizabeth echó al fuego más papeles. *Pasar la vida entre cosas absurdas y delicadas; ajeno a la realidad; mitad artista y mitad pájaro...* Fritz tenía esa maravillosa habilidad para decir las cosas de forma seductora, pero era discutible que hubiera vivido ajeno a la realidad... Tal vez fuera más acertado decir que había pasado los últimos años de su vida como alguien que era mitad artista y mitad monstruo. *Toda gran filosofía es la confesión de su fundador, una suerte de conjunto involuntario y secreto de sus memorias personales.*

Elizabeth se negaba a entender, aunque lo hubiera considerado, que su hermano se hubiera dejado llevar de aquella manera en un supuesto afán de perfección y de plenitud. Fritz se había visto a sí mismo como un explorador, un pionero o un visionario. *El libertinaje no es para nosotros más que una objeción contra quien no tiene derecho a él; y prácticamente todas las pasiones tienen una mala reputación a causa de quienes no son lo suficientemente fuertes como para volverlas en beneficio propio.* ¿No era aquello, tal vez, consecuencia de su pensamiento, incluso la razón misma de su origen? Tanto Dionisos y tanto espíritu orgiástico griego no eran una mera cuestión filosófica. Su hermano hablaba de una forma de vida.

Respiró hondo. Mirar el fuego le tranquilizaba. El papel italiano producía unas llamas crepitantes azules como irises. El humo que desprendía era vagamente aromático.

El progreso hacia lo mejor sólo puede ser un progreso en la toma de consciencia. Italia y su clima meridional le habían corrompido. Sin duda. *Hemos reconquistado paso a paso el derecho a todo lo prohibido.*

Pese a todo, le quería. Cuando se casó y se fue con su marido, a quien Fritz detestaba y consideraba un patán redomado, a fundar una colonia aria y pura en el Paraguay, había pensado en él cada día. Y eso a pesar de que Fritz se hubiera reído de

ellos y de su proyecto, que consideró absurdo, delirante y ridículo. Elizabeth admitía su fracaso, pero consideraba todo aquel asunto en el Nuevo Mundo como una heroicidad.

Movió las caderas de arriba a bajo varias veces. Sus nalgas habían perdido sensibilidad.

Hay una explicación significativa para situar el poder en el lugar de la felicidad individual a la que todo ser debe aspirar: aspirar al poder, a más poder, el placer sólo es un síntoma del sentimiento del poder alcanzado, una consciencia de la diferencia. Aquí coincidía con él. No tendría nunca ni el más mínimo remordimiento. Era metódica y sería exhaustiva en su afán destructor.

Los hechos no existen, sólo las interpretaciones, si es que esos hechos se conocen y existen interpretaciones al respecto.

Sí, aquella noche iba a dormir tranquila.

El rostro le ardía cuando se acercaba al fuego. Sudaba de forma desagradable. Le escocían los ojos y pensaba en el infierno. No le cabía duda, sin embargo, de que aquello obedecía a un sentimiento urgente de responsabilidad.

2

Génova, Italia, 1881

Bajó los escalones de la pensión a toda prisa. Aquel día se sentía bien, lo que ya era una novedad. Había trabajado muchas horas esa mañana, felizmente productiva, y llevaba ahora consigo su cuaderno, por si acaso, además de un parasol. El día era claro y luminoso, y la patrona le dijo que el mar estaría en calma. Le gustaba el mar así. El mar de los griegos. Una invitación a los descubrimientos y a las aventuras. Una presencia física abrumadora y uno de los grandes repositorios de la imaginación a lo largo de la historia.

Fritz caminaba varias horas al día, las más de las veces sin un rumbo establecido, vagando por las calles de la ciudad, o

de sus alrededores, a su capricho. Aquel día, sin embargo, era diferente. Tenía un plan determinado.

El Holandés, quien le proporcionaba el opio, le había dicho por la noche que allí encontraría lo que buscaba. Tenía que situarse a la izquierda de la playa, y llegar hasta las rocas. No tenía pérdida. Se daría cuenta enseguida de que había encontrado el lugar preciso. Nadie sabría quién era y a nadie le importaría.

Una vez en la calle, comprobando que, en efecto, aquel era un día maravilloso, se permitió un helado de avellana para celebrarlo. Aquello era un lujo para él, pero los helados genoveses eran los mejores que había probado en su vida.

Y Marcelo, el joven que los servía cuando cedía a aquella tentación, tenía unos ojos profundos y cálidos. Le sonreía con cortesía genuina y le llamaba *caro professore*. Sus dientes eran blancos y perfectos.

*Fue al mediodía,
al mediodía, cuando ya
el verano asciende a la montaña,
El muchacho de cansados, ardientes ojos...*

Después se encaminó hacia las afueras de la ciudad siguiendo la línea de la costa, atravesando una vasta zona popular. La gente allí parecía vivir en la calle, gesticulando y dando voces. Las primeras veces que estuvo en Italia pensó que sus habitantes se peleaban de continuo, pero luego se dio cuenta de que era su forma natural de hablar y de comunicarse.

La espalda le dolía y no podía estar sentado muchas horas escribiendo, aunque aquella mañana lo había soportado bien. En general la vida nómada y solitaria que llevaba resultaba ser del todo adecuada a su trabajo, y libro tras libro terminado sentía estar articulando las claves de su pensamiento.

Ya junto a la playa entró en una *trattoria* destartalada repleta de gente. Su experiencia le decía que podría ser el lugar

perfecto para disfrutar de un almuerzo memorable. Se sentó mirando al mar y las gaviotas y pidió unos callos. Ese era su plato predilecto. Le resultaban más fáciles de digerir que la carne y eran también mucho más baratos. No se equivocó. Estaban deliciosos. Seguro que volvería a comer allí exactamente lo mismo en días futuros.

Después caminó sobre la arena. Hacia la izquierda, como le había dicho el Holandés, ya viendo aquellas grandes rocas a lo lejos.

Descalzo, sentía la arena caliente bajo sus pies. Le gustaba aquella sensación, algo así como una recarga energética. Una conexión con lo telúrico. Estaba convencido de que su cuerpo reaccionaba de inmediato a los fenómenos naturales: la electricidad de nubes y tormentas, la altura de las montañas, la humedad del mar y de los bosques, la luz del sol al mediodía...

Algunos barcos se desplazaban por la bahía, y el horizonte era una estrecha banda de plata. Si miraba hacia el interior se veían las montañas a lo lejos, sus perfiles en distintos tonos de azul cada vez más difuso. Su optimismo crecía, contemplando aquellas bellezas naturales que le rodeaban.

Las rocas del extremo de la playa formaban espacios recónditos y secretos. Primero le pareció estar solo. Estaba a punto de instalarse, en un lugar plano mirando al mar, cuando oyó unas voces. Caminó un poco más, hacia ellas, con expectante curiosidad.

Y allí estaba lo que buscaba.

Hombres de todas las edades, solos y en actitudes expectantes, semidesnudos y bronceados, mirándose los unos a los otros, de pie, sentados o tumbados al sol. Los lagartos en exposición de los que le había hablado el Holandés. Un paraíso griego y una comunidad secreta.

Fritz, al mismo tiempo alborozado e inquieto, se sentó cerca de dos jóvenes tumbados no lejos del agua. Le miraron sonrientes mientras se instalaba desplegando su parasol a rayas, que era el único a la vista en aquel lugar, donde otras cuestio-

nes eran prioritarias. Fritz llevaba sus anteojos teñidos para protegerse de la luz, pero aun así no era suficiente. Tampoco quería quemarse.

Los jóvenes no dejaron de mirarle de forma descarada, sonriendo y moviendo las piernas para adoptar posiciones sugerentes.

Después, se pusieron de pie, mostrando sus cuerpos atléticos, desplazándose con fingida pereza antes de tirarse al agua. Nadaron juntos en paralelo con gran rapidez hasta que sus rumbos se interceptaron. Entonces, chillando con estruendo, comenzaron a jugar a las ahogadillas.

Fritz les contemplaba absorto y maravillado. Toda la imagen denotaba un esplendor primigenio.

*Tan jóvenes, falsos, andorreros,
¿me parecéis para el amor hechos,
y para la diversión bella?*

Cuando salieron del agua, los chicos fueron a sentarse junto a él. Al poco, le dijeron por gestos que les siguiera y le llevaron a un lugar apartado que tenía algo de cueva.

Se besaron y se tocaron, mutando las configuraciones de sus abrazos.

Le indicaron, presionándole los hombros, que se arrodillara.

Se las chupó a los dos al mismo tiempo mientras el corazón le latía con fuerza. Sus nuevos amigos se corrieron juntos sobre su bigote.

Fritz nervioso, no lo había logrado. Le inquietaba hacer eso a la luz del día, tan cerca de otros hombres, quienes, aunque no les vieran, sabían, o imaginaban, lo que los tres pudieran estar haciendo.

Fritz recogió sus cosas y volvió a la parte despejada de la playa, alejándose de las rocas. Se tumbó al sol pensando que pertenecía a aquella comunidad de lagartos. Lo que acababa de ocurrir le excitaba sobremanera, aunque también le invita-

ba a una suerte de beatitud, algo que tenía que ver con la experiencia interior. Respiró y se concentró en la respiración para lograr sosegar-se.

Al cabo de un rato sintió cómo el sol le quemaba la piel. Abrió el parasol y lo clavó en la arena. Pronto se quedó dormido bajo su sombra modesta.

Cuando se despertó, anochecía. No vio a nadie a su alrededor. Miró cómo el sol desaparecía a lo lejos, convertido en un fulgente disco rojo.

Después, Fritz decidió caminar por la playa en la otra dirección, que llevaba a un embarcadero.

Se quedó allí, contemplando el mar y las barcas mientras avanzaba la oscuridad. Se sentía bien y no quería volver a encerrarse en los confines de su cuarto diminuto.

Casi no se dio cuenta de que un hombre se le aproximaba, hasta que estuvo sentado a su lado. Se quitó la camisa, sonriéndole sin decir nada. Su cuerpo era musculoso y su piel, a la luz de la luna y de las estrellas, resultaba increíblemente oscura, y también brillante. El hombre tendría unos treinta años, su pelo era negro y ensortijado, y su barba poblada le daba al rostro un gran carácter.

El hombre le rozaba ahora la pierna con la suya, mientras le miraba a los ojos y le sonreía. Era una mirada de color turquesa, tal vez más amistosa que sexual.

Le dijo algo en italiano que Fritz no comprendió. Le preguntó cómo se llamaba. Giorgio se lo dijo mientras le acariciaba el rostro. Fritz se sonrojó. Giorgio le preguntó de dónde era. Después, estuvieron en silencio un largo tiempo.

Fritz miraba el mar, como si estuviera concentrado en los ritmos lentos y pesados del oleaje, aunque dándose cuenta de que Giorgio no dejaba de mirarle con aquellos ojos maravillosos.

Al cabo de un rato, este le pasó el brazo por encima del hombro. Los dos se sintieron bien, como si aquello fuera lo mejor que pudieran estar haciendo en ese momento preciso.

Fritz disfrutaba de la situación, pero el deseo dificultaba la agilidad de su pensamiento. Sólo sabía que quería besar a aquel hombre, que le miraba con amabilidad y dulzura. Entre ellos sólo había un poderoso sentimiento de presente.

Por fin, Giorgio se puso de pie y le estiró del brazo para que le siguiera, señalándole una de las barcas. Fritz obedeció.

Incluso el mismo mundo le pareció, en aquellos momentos emocionantes, algo que era diferente.

El hombre remó unos instantes con fuerza. Después, tiró el ancla. Estaban a pocos metros de la costa. Los suficientes para que nadie pudiera verles, oírles o molestarles.

Se tumbaron sobre unas mantas en el fondo de la embarcación. Se besaron y acariciaron disfrutando. Aquel hombre, a pesar de su aspecto rudo, actuaba con gran delicadeza, despacio, como si llevara a cabo el trabajo de un orfebre.

El cielo estaba repleto de estrellas y el rumor del mar era al mismo tiempo acogedor y salvaje. La piel de Giorgio era salada y olía a limón.

Después, Giorgio le cogió la cabeza y la apoyó sobre su pecho. Le acarició la espalda y el cuello, mientras le contaba en susurros algo incomprensible en su lengua. Fritz se quedó dormido, sintiendo que aquel hombre era un regalo del cielo.

Durmieron abrazados toda la noche.

Antes de salir el sol, Giorgio condujo la barca al embarcadero y allí se despidieron. Fritz ansiaba ahora estar solo para reorganizar su pensamiento.

Sin embargo, mientras caminaba hacia la pensión, sintiéndose feliz y arrebatado, sólo pudo cantar arias de *Carmen* para sus adentros. Todo lo que le rodeaba le parecía glorioso.

No tenía sentido que aquello fuera un vicio o un pecado. Algo estaba mal en mundo y estaba decidido a cambiarlo.

La patrona, que le vio llegar tan contento, le regaló un cesto con higos y albaricoques.

3

La barca misteriosa

*Ayer noche, dormido todo apenas,
unos vagos suspiros de viento
corrían a través de las callejas;
no daba la almohada sosiego,
ni el opio, ni lo que, buena consciencia,
depara a veces un profundo sueño.*

*Al fin, me sacudí de la cabeza
el sueño y fui corriendo hacia la playa.
Había bonanza y luna llena,
y en la cálida arena un hombre y una barca;
soñolientos ambos, pastor y oveja:
soñolienta la barca zarpaba.*

*Pasó una hora, dos, ¿o un año entero?
Allí se me hundieron de improviso
todos los pensamientos y sentidos
en eterno abandono disueltos,
al tiempo que un limitado abismo
se abría. Todo se acabó luego.*

*Llegó la mañana: está una barca
quieta, quieta, sobre fondos negros...
¿Qué ha pasado? Clama uno, pronto claman
a cientos: ¿Qué ha sido? ¿Sangre es esto?
Dormíamos y no ha pasado nada.
Todos dormíamos. ¡Ah, qué bueno!*

Índice

Fritz y los lagartos divinos	9
<i>Allegro risoluto</i>	23
Crepúsculo en Manhattan	37
El embajador y la corista	43
El oso hormiguero y el Maserati	57
El meridiano de la desesperanza	69
Venus invade la Tierra.	105
Melania Trump, el hámster y los tacos de cochinita.	123
Abrazar el vacío	135
Río Muni yeyé.	149
Agradecimientos	169